



La cueva del hombre

Javier Posik

Subjetiva visión y vivencia la mía, para describir la casa de mi infancia como arquitecto. Solo creo poder transmitir mi parcial y quizás ideal punto de vista como su habitante, muy lejano de la objetividad de alguien que pueda llamarse profesional. ¿Cómo podría hablar de ella como tal, si cuando la habité era un niño, un adolescente? ¿Qué recuerdos podría sacar a la luz que no fueran los de un pibe absorbiendo su entorno, absorbiéndolo todo, absorbiendo materia, luz, espacio, ensuciando paredes, rozando térmicas y táctiles superficies, arrastrado por otras brillantes, por otras frías, templadas o calientes, manoseando picaportes de bronce pulido, impregnando mis pupilas de diferentes luminosas intensidades, dejando huellas en paños de vidrio apoyando la cara junto a la de mi perro, que también se ocupaba de opacar con sus uñas los vidrios de las cuatro hojas de las puertas que miraban a un extenso jardín cuidado por las manos de mi padre? ¿Cómo explicar la visión desde abajo, la visión desde el medio, la visión desde arriba a medida que crecía, o cuando era estudiante de arquitectura? ¿Y porqué estudié arquitectura? ¿Habrá sido esta casa cómplice de mi destino? Fui su huésped por cierto tiempo, la vi crecer, agrandarse y crecí con y en ella. Entre esos espacios, entre esas materias. Creo que el espacio circunscribe a la materia. Ella lo finita y se comprende, le pone el límite que lo cualifica o lo enmudece. Se parecen a los amantes Cielo y Tierra.

Recuerdo la especial atracción que sentía hacia la composición, química y fusión de sus materiales: Hormigón, madera, hierro y chapa siempre negra y negro mate, ladrillos levemente irregulares, pisos de madera y graníticos, grandes paños vidriados, herrajes de bronce, constantes de toda la casa, todo un orden, todo un desorden... Despliegue de una razón recreada de maneras diferentes. Cientos de piezas distintas para un rompecabezas de precisión. La empírica precisión de la lógica de la materia. Una cara vidriada per-

meable de visión, prolongaba el patio lateral y escondía su misterio estructural, fraccionada entre hierros y maderas fundidas con negra y variada perfilería, siempre negra mate. Franjas de fajas de sólida madera exteriores e interiores, verticales como pasamanos u horizontales como dinteles, todos coherentes pero distintos. Agrupadas entre ritmos idénticos, tres columnas de madera de sección rectangular, se clavaban geotrópicamente en un prisma de ladrillo rojo indio brillante marino y heliotrópicamente en un plano yacente de pétreo hormigón. Dos planos verticales desfases y el volumen del hogar también de ladrillos, ayudaban a sostener, gracias a la colaboración de algún pedazo de carpintería metálica que hacía su parte a escondidas, el peso de la casa que parecía no tener apoyos. Del mismo modo que en fachada, se impedía comprender tal enigma estructural. Eso le daba una clara sensación de levedad, de filtros luminosos determinados por los espesores de aquellas columnas de madera que al ser tres parecía más un juego oculto, que un verdadero desafío gravitacional. Los intersticios escasos de paños fijos acristalados entre las losas contrastaban luces más tenues. Desde el living, podía barrer con la mirada una medianera verde enredada a otra medianera semibrillante por donde trepaba la escalera. Una escalera sin baranda con vista de ladrilleriles volúmenes de diferentes tamaños que salían y entraban, memorando sutilmente el monumento a Rosa Luxemburgo. Esa escalera de madera que si quería se metía en la cocina o si quería bajaba hacia estar y era tan caprichosa que tenía un descanso con una puerta en el medio que permitía aislar la cocina, para que la cocina cocinara tranquila.

Una puerta de metro sesenta de largo, pivotaba asombrosamente bajo el techo ventilado de la cochera y se encerraba flotante y sumisa en algo que parecía no tener casilla. Fracciones de pisos significantes decían: aquí hay paso. Era el camino hacia pregnancias más suaves, de protectores



filtros matéricos de contención. Aquella era una casa en donde todo lo pequeño, encerrado y movedizo se agrupaba a la derecha (SO) y descargaba hacia la izquierda (NE), lo expansivo, fluido, variable y estático a la vez. La vista hacia el jardín era frontal pero seguía conformando hacia la derecha una sucesión de objetos variables con el mismo criterio que en el interior de la casa. El estudio era uno de aquellos y proveía un enclave de absoluto dominio visual de lo natural y aunque relativamente estrecho, estando en él, uno se proyectaba en el exterior.

La planta superior era una gran cazuela de hormigón continua con borde de antepecho en tres de sus cuatro caras y en sus intersticios interiores podía guardarse todo lo que uno quisiese, también resguardaba a la hora de dormir, ya que aquellos eran tiempos oscuros, con oscuros tiroteos de guerra sucia, que no dejaban de ser poco comunes y aterradores. Aquella cazuela me garantizaba cierta protección, pero no impedía que fueran noches de auditivo desvelo. Por sobre ésta, un techo plano que escapaba de los límites interiores y entre ambos, toda luz, que recuerdo, controlaba con la ventana barrio que se enroscaba en un prismático

volumen continuo de chapa negra, negro mate y madera como caracol invernante de una invisible cueva flotante. Con aquellas ventanas jugaba a alinear el ángulo de sus tablillas de los seis paños que poseía mi dormitorio que daba a la calle, para ambientar la luz hasta obtener el punto justo que pedían satisfacer mis pupilas.

Quizás estas vivencias no sirvan demasiado para aclarar como era aquella casa, pero tal vez sirvan para comprender que a la hora de habitar, recordar y construir espacio, son nuestros sentidos, los cinco, que funcionan como sutiles sensores de todas nuestras percepciones, junto al paso del tiempo, y ellos son los determinantes del espacio, al margen de toda acumulación de conocimiento técnico-teórico, que es un componente más de la alimentación de tales percepciones.

Creo que el arquitecto Daniel Almeida Curth, un hombre de gran sensibilidad, pobló la casa de mi infancia de exquisitos jeroglíficos que fui decodificando de diversas maneras a lo largo del tiempo que la habité, en donde comprendí, quizás, que si de arquitectura se trata, se trata de manipular materia ■

Casa Posik

Arquitecto: Daniel Almeida Curth.

Ubicación: Calle 51 entre 16 y 17, La Plata.

Año: 1965.



Otra página.

Arriba izq.: carpintería hacia el patio. Abajo izq.: patio. Abajo der.: acceso.

Esta página.

Arriba izq.: garage y patio. Arriba der.: estar hacia escalera. Abajo izq.: dormitorio. Abajo centro: fachada. Abajo der.: escalera